

Los rezos inútiles de María Ignacia

María Ignacia, desde niña, sabía rezar a “los santos” que, estáticos, estaban en el altar en la sala de su casa.

Al crecer, su vida dio un vuelco cuando conoció a José Domingo y se casó con él. Al principio todo parecía marchar bien, pero luego se manifestó que su marido, aparte de ser católico, apostólico y romano, también era borracho, mujeriego y jugador.

Después de que él se fue de la casa, ella quedó sola y con varios niños. Su estado anímico se fue deteriorando, y así la encontró don Antonio el día cuando, junto con su esposa, visitó a María.

Cuando don Antonio le preguntó si, acaso, ella había llevado su situación delante del Señor Jesucristo, ella le contestó: “Señor Antonio, lo que pasa es que mientras más le pido a ese Cristo parece que menos me oye”. A lo cual, el predicador le preguntó: “Dígame una cosa, señora María, ¿a cuál Cristo es que usted le pide?”

La mujer le señaló hacia el altar de “santos”, liderados por un Cristo crucificado de yeso.

Don Antonio, con muchísimo cuidado, le preguntó, “¿Usted sabe el credo?” La mujer, en un santiamén y a ojos cerrados, le rezó impecablemente el conocido Credo Apostólico.

“Bien”, intervino el predicador, “quiero que me diga una cosa: ¿el credo dice que Cristo está vivo o está muerto?”

La mujer, perpleja, contestó: “Bueno, la verdad es que el Credo dice que Cristo resucitó y que está vivo y que viene

de nuevo a juzgar a los pecadores, pero se nos enseña a rezar, sin entender siquiera lo que decimos”.

El predicador le contestó: “Señora María, no quiero ofenderla, pero la razón por la cual ese Cristo no la oye es porque, aparte de que es de yeso, aún está muerto y crucificado, mientras que el Cristo de la Biblia es un Salvador viviente y con poder”.

María se conmovió al pensar que por tanto tiempo había rezado al Cristo muerto. Asistió a una predicación dispuesta a oír con atención lo que Dios, por su Palabra, tuviese a bien decirle. Cuando escuchó de los ángeles que estaban junto al sepulcro el día de la resurrección, fue impactada por el poder de esas palabras: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado” (Lucas 24.5, 6). Allí mismo tomó su decisión, diciendo para sí y para Dios: “Verdaderamente, he estado ciega. He estado buscando entre los muertos al que vive. No, no sigo más en esto, desde hoy recibo y sigo al Cristo que resucitó”.

María Ignacia, después de la decisión mencionada, vivió felizmente una larga vida en Cristo, hasta que el Señor la llamó a su Hogar Celestial.

El que escribió este relato, lo ha hecho con gusto, pues la protagonista de esta historia de salvación era mi madre.

Gelson Villegas

